

VIII Jornadas de Jóvenes Investigadores
Instituto de Investigaciones Gino Germani
Universidad de Buenos Aires
4, 5 y 6 de Noviembre de 2015

Cristian Rama. Facultad de Filosofía y Letras (UBA); CONICET/UNDAV. Profesor de Historia; Becario (CONICET/UNDAV); Estudiante de doctorado (FFyL-UBA)
cristiannrama@gmail.com

Eje 13. Procesos de exterminio masivo, derechos humanos y memoria.

Los efectos del terror a nivel social en la re-vinculación de sobrevivientes de los campos de concentración de la última dictadura.

Palabras clave: sobrevivientes-terror-sectores sociales

Introducción

Más allá de los límites de los centros clandestinos de detención (CCD) que dispuso la última dictadura cívico-militar, un sector importante de la sociedad estaba viviendo la brutal represión y la sufrían hasta en los aspectos más cotidianos e íntimos; el terror influenciaba las prácticas cotidianas, con lo que la vida de los habitantes del país, en general, fue trastocada. Inscrito en esto, la reestructuración social. El Proceso de Reorganización Nacional tuvo como objetivo, aunque se lea redundante, reorganizar a grandes sectores de la población atomizándolos y para eso continuó con dispositivos que estaban operando desde dos años antes (los volvió centrales durante un tiempo) y creó otros, tanto en el plano material como en el ideológico.

Con esos sectores sociales debían vincularse los sobrevivientes una vez afuera. En el marco de lo que denomino *proceso de aparición*, que trabajo actualmente en una tesis doctoral, estos protagonistas deberán afrontar una serie de problemáticas individuales y sociales de una complejidad única, muchas de ellas se producirán durante la re-vinculación.

En el presente trabajo intentaré analizar, cómo el terror influyó en estas experiencias haciendo hincapié en el nivel de represión y en el grado de ruptura de los lazos sociales. El

resultado, positivo o negativo, parecería estar ligado al nivel de aislamiento que logró el aparato represivo en relación al sobreviviente y en eso es clave observar los efectos generados en la subjetividad de la víctima y en los círculos sociales con los que se iría relacionando.

Tomaré historias de personas que vivieron el *proceso de aparición* en el país. Considero que el reconstruir sus vidas en el mismo territorio en el que la dictadura que los desapareció continuaba con la hegemonía hace que estas experiencias contengan aristas distintivas a la de otros sobrevivientes, por ejemplo los exiliados, quienes vivieron procesos distintos, con sus propias particularidades.

Será necesario también pensar las diferencias temporales en relación a cuándo comenzaron a re-vincularse. En general, quienes salieron en los primeros años de la dictadura se habrían encontrado más aislados, ya que en general los antiguos lazos sociales ligados a la militancia política fueron o estaban siendo cercenados por la represión, compañeros desaparecidos o exiliados. En cambio, hacia su ocaso, sobre todo después de la derrota de Malvinas y a comienzos del periodo democrático, si bien los represores aún continuaban ejerciendo presión a nivel social y sobre algunas de las víctimas, algunos se fueron reencontrando con compañeros que estuvieron en el exilio y armaron espacios en conjunto en el que pudieron comenzar a elaborar ese pasado inmediato.

Para llevar adelante esta tarea, cuento con un corpus de entrevistas y testimonios de sobrevivientes brindados en distintas épocas ante diversas instituciones: organismos de derechos humanos; judiciales; y, otras realizadas por cuenta propia; a su vez, algunos de estos protagonistas han realizado escritos muy interesantes en los que además del relato han producido importantes reflexiones al respecto de ese pasado tan presente.

Sobre el *proceso de aparición* y la re-vinculación

Ante la necesidad de pensar la particularidad de las experiencias de los sobrevivientes de los campos de concentración, surge el concepto *proceso de aparición*. Este involucra toda una serie de problemáticas sociales e individuales, heterogéneas, pero con hilos en común ligados a la experiencia concentracionaria y a las marcas que dejó en sus cuerpos.

A través de la violencia, el aparato represor generó en ellos una huella de larga duración que atentaría directamente sobre la subjetividad, por eso la vida post-campo tiene una ligazón muy fuerte a lo vivido allí y a los efectos sociales de la represión. En este sentido, debe pensarse este proceso como el de la reconstrucción de la subjetividad dañada, siempre abierta y no

lineal, siempre relacional, por eso también juega un papel importante los contextos y los discursos.

Desde la forma en la que fueron “liberados”, pasando por las problemáticas de re-vinculación con los sectores sociales cercanos y lejanos, con efectos provocados por el terrorismo estatal, la búsqueda de un empleo y/o el volver a estudiar, un hogar en otro sitio geográfico, la resignificación de la política luego de la derrota o el repliegue a lo privado, dándole otro sentido a la forma de vida previa a la experiencia represiva, hasta cuestiones de elaboración ligadas al trauma individual y colectivo, son parte de este complejo proceso.

El concepto surge de las dificultades para poder nombrar lo que han padecido luego de aparecer. Dejaron de ser desaparecidos. Ya no se los puede llamar así. Por otro lado, las problemáticas que experimentaron no fueron las de una persona que ha sufrido otros tipos de encierro, como puede ser las de aquellos y aquellas que estuvieron en situación de cárcel “legal”, con lo que conceptos como el de resocialización no resultan adecuados. Si bien hay sobrevivientes de centros clandestinos que fueron luego blanqueados y pasaron por instituciones penales, la experiencia es otra a la del “preso común”. Llevaron y llevan consigo marcas de una violencia única, que estarán presentes en mayor o menor medida en la sobrevivida.

Dentro del marco de este proceso, la re-vinculación es un momento clave. Los testimonios con los que trabajo muestran experiencias heterogéneas, algunas con características más positivas que otras. En esto pareciera ser determinante el grado de afectación de la subjetividad por la violencia de los dispositivos del Estado terrorista (sobre todo la concentracionaria), pero en paralelo la producción y reproducción de los efectos del terror en los sectores con los que se irían vinculando. La forma del armado y rearmado de los vínculos es nodal para muchas de las problemáticas del *proceso de aparición*.

El proceso de re-vinculación

Inés Izaguirre (1994) plantea que tanto los procesos revolucionarios como los contrarrevolucionarios (caso último, según su concepción, el auto-denominado Proceso de Reorganización Nacional), implican recomposiciones de la estructura social y del tejido que la articula. Para lograrlo, la dictadura buscó aislar los cuerpos del campo popular; el terror que provocaban con la represión “legal” e “ilegal” era reforzado con un amplio aparato de propaganda que tuvo sus efectos en grandes sectores sociales. En esa sociedad, bajo ese intenso intento, debía reinsertarse el ex desaparecido.

Describe muy bien la situación que vivía gran parte de la población y el impacto del sobreviviente al encontrarse con esta Mario Villani; cuando relata sus propias sensaciones luego de su salida de la ESMA, dice: “Yo me sentía como un marciano cuando recién salí; entraba a una realidad distinta a la de los campos, aunque en ese momento no era como hoy, sino como un campo de concentración más grande, el país era eso, pero era claro para mí, no para la gente [...]”¹. Si bien la situación de Mario es particular, ya que pasó alrededor de mil días en diversos CCD, saliendo del último de ellos bajo *libertad vigilada* en el ‘81, es algo que puede también extenderse a otros sobrevivientes, la sensación de impotencia de ver cómo la vida social continuaba con cierta normalidad.

Esta definición de un país como un campo de concentración aparece varias veces mencionada en su libro (2011) y en algunos testimonios que brindó. Otros sobrevivientes también han formulado reflexiones en el mismo sentido, con los años se convirtió en una tesis compartida por una parte de los ex detenidos-desaparecidos². Lo que dicen es que más allá de los límites de los CCD, un sector importante de la sociedad estaba viviendo la brutal represión y la sufrían hasta en los aspectos más cotidianos e íntimos; el terror influenciaba las prácticas cotidianas, con lo que la vida de los habitantes del país, en general, había sido trastocada.

Esas sensaciones pueden también extenderse a otros que en comparación pasaron menos tiempo por los espacios de represión clandestina. El hecho de no poder encontrarse y la impotencia de ver cómo grandes sectores de la población proseguían con su rutina, a pesar de la manifiesta escalada represiva, se puede analizar por ejemplo en lo que vivió Susana Reyes, quien salió en el 77, momentos en los que todavía no había noticias masivas sobre las desapariciones y se estaba en el pico represivo: “Ver cómo seguía la vida después de haber estado ahí fue el impacto más fuerte. Es como que venía de otro mundo, no podía creer que nadie nos estuviera buscando públicamente, bueno, mi mamá, por supuesto; pero que nadie hablara de los desaparecidos (que en ese momento no se decía desaparecidos), de la gente que no estaba [...], que la vida seguía igual, que el mundo seguía con todo esto, las chicas que dejé ahí... secuestradas, era un impacto muy fuerte [...]. Yo estaba todavía allá”³. El impacto de encontrarse con que la rutina de mucha gente parecía inmutable, mientras que sus compañeras y compañeros de cautiverio seguían allí, padeciendo los horrores que padecían,

¹ Memoria Abierta, Testimonio de Mario César Villani, Buenos Aires, 2002.

² Se ve reflejado por ejemplo en el seminario de la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos organizado en el segundo cuatrimestre de 1997 en la Facultad de Filosofía y Letras, en el marco de la Cátedra Libre de Derechos Humanos.

³ Entrevista personal con Susana Reyes, Buenos Aires, 19 de septiembre de 2013.

sumado al aislamiento en el que se encontraba, fue muy intenso, algo que actuó como un elemento desmoralizador más⁴.

Si bien el proceso dictatorial tuvo etapas distintas en cuanto al tipo de represión, con el año 79 como bisagra, por el descenso del nivel de desapariciones (aunque no dejaron de producirse) y la centralidad de otros tipos de formas de represión, las dificultades para el *proceso de aparición* de los sobrevivientes fueron una constante, aunque con matices debido a los niveles y formas de llevar adelante esas acciones. Durante toda la primera parte el Estado en su fase terrorista llegó al punto máximo; es cuando el número de los CCD y de detenidos desaparecidos fue cuantitativamente mayor. Pero el terror impuesto en esa etapa se mantendrá a pesar del cambio cualitativo de las formas de represión; el logro de una sociedad atomizada fue un hecho perdurable en el tiempo y al que se puede conectar con muchas de las problemáticas que llegan a su punto máximo durante los 90, como por ejemplo el individualismo o la mirada negativa sobre la militancia política.

Como se verá a continuación, los matices de cada historia estuvieron influenciados por la época de secuestro y liberación y sobre todo por las condiciones en que estaba el medio social con el que se re-vincularían. Pero también, una variable muy importante fueron los propios recorridos personales y los efectos que generó en cada uno el proceso de despersonalización llevado a cabo en los CCD y que continuaría afuera.

Jorge Watts pasó por una experiencia de rearmado de vínculos con su familia en el periodo de cárcel. Cuando fue “blanqueado”, sus familiares se enteraron de que estaba vivo y por fin comenzaron las visitas y el intercambio de información. En esos momentos, por ejemplo, tomó contacto con su esposa e hijo. Pero lo sorprendente es que tuvo mucho afecto y comprensión en general desde varios espacios sociales, situación muy distinta si se la compara, como lo haremos, con lo que debieron vivir otros sobrevivientes. Por ejemplo, estando todavía en la Unidad 9 de La Plata, recibió la noticia, a través de una carta que le dirigió la directora del colegio de su hijo a la autoridad máxima del penal, de que padres y docentes de alumnos lo habían reelegido como secretario de la Cooperadora. Antes del secuestro había sido electo por primera vez para ese cargo, por eso se sintió orgulloso de aquel gesto de la comunidad escolar y lo ve como algo muy significativo: “Tanto los directivos de la escuela como los padres y maestros sabían que yo estaba preso y cuáles eran

⁴ En su caso, como algunos otros sobrevivientes, amplificó el aislamiento el hecho de padecer el control del aparato represivo del CCD donde estuvo, quienes buscaron continuar aterrizándola y a sus familiares. Pero también, esperó noticias durante mucho tiempo por la aparición de su compañero Osvaldo, algo que la llevó a no querer exponerse por miedo a que algo le ocurriera.

los motivos. Así que mi alegría estaba bien fundamentada. Era una muestra de gran solidaridad hacia mi persona”. También recibió gestos solidarios de la maestra de su hijo, que ayudó a Eva durante ese tiempo, por ejemplo con ropa o llevándolo a jugar con otros chicos a su casa. Cuenta también que, ya durante los primeros días luego de que salió de la Unidad 9 de La Plata, en el acto del 25 de Mayo de 1979 que se realizó en el colegio fue recibido como un héroe en un clima de mucha emoción y alegría. “Fue muy grande la solidaridad” (2009, p. 120).

En el barrio tampoco encontró hostilidad ni prejuicios. Aquí también remarca la buena actitud de la gente hacia él. Volvió a la misma casa donde había vivido antes del secuestro. Casi riendo, menciona que días después de haber regresado se acercó un vecino a pedirle una cadena que por su propia cuenta había puesto para atar una de las ventanas que rompió el grupo de tareas al raptarlo y que pertenecía a la lámpara de su comedor, por eso la necesitaba; la lámpara había quedado colgada de una soga.

Por su parte, en el nuevo trabajo, al que ingresó meses después de salir, entendieron su situación y no tuvo problemas. De hecho, según dice, estando en la empresa fue felicitado por compañeros y directivos cuando fue a declarar en el marco del Juicio a los comandantes y al relatar también su caso en programas de televisión⁵. Nunca debió ocultar nada.

La dictadura apuntó a desarticular esos lazos de solidaridad. Si bien la experiencia de Jorge no es la más común, demuestra también los márgenes de maniobra y la forma en que gestos como los descriptos pudieron sobrevivir al intento totalizante y atomizador del régimen⁶. No todo era obediencia, las resistencias debían ser subterráneas y desarticuladas, de ahí su poca visibilidad.

Sin embargo, en las historias que siguen se podrá observar el grado de profundidad que produjo en su accionar la dictadura mientras buscaba la ruptura de los lazos y el aislamiento. El mantenerlos aislados significaba la desarticulación y para eso actuaron tanto en los sujetos que salieron con vida de los centros clandestinos como en un sinfín de espacios de sociabilidad.

Guillermo Lorusso, militante en aquellos años de Vanguardia Comunista (VC), estuvo desaparecido en El Vesubio desde el 19 de agosto hasta el 13 de septiembre del 78, pasando luego por varias instituciones carcelarias, hasta el 19 de mayo del '79. Al salir de todo el

⁵ En su relato hace referencia a entrevistas y al programa de televisión Nunca Más, que se reprodujo en canal 13 durante el año '84.

⁶ Para ver más al respecto sobre resistencias: Águila, Gabriela, *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976-1983*, Buenos Aires, Prometeo, 2008. capítulo 10: “Las modalidades de la resistencia, conflictividad social y oposición política a la dictadura”.

proceso de encierro, conservó mucho de su vida personal, con excepción, claro, de la gran pérdida de compañeros. Su familia se acercó a la cárcel ni bien supo de su paradero. Allí también fue retomando el vínculo con su pareja. En general, no tuvo demasiados problemas para reencontrarse con gente próxima. Aun así, no significa que haya tenido buenos vínculos con todos. Hubo espacios en los que pretendió visibilizarse para mostrar lo sucedido y se encontró con que las reacciones fueron contrarias a sus deseos. Hace referencia a que conocidos y hasta algunos amigos pretendían “volver a hacernos desaparecer”; que salvo contadísimos, la actitud fue de alejamiento de la situación, de no escuchar, de olvidar lo ocurrido. Había un deseo de que no retomara la actividad política y se alejara de ella. Hoy hace una reflexión y entiende que: “a muchos les fue duro encontrarse con los que sufrimos la represión, ellos también la estaban sufriendo, pero con efectos diferentes”⁷.

Guillermo, en el párrafo anterior, está manifestando el camino del arraigo de una serie de discursos (“apolíticos”) y su paso a la hegemonía⁸, en este caso en un círculo de amigos y de otras personas que estaban a su alrededor que veían con recelo el hecho de que continuara participando. Las estrategias de desarticulación impartidas desde el gobierno de facto y de sus cómplices civiles produjeron efectos de despolitización en grandes sectores de la sociedad.

Gabriela Águila plantea que la dictadura buscó a través de la represión eliminar a los que consideraba “enemigos”, pero también generar su propio consenso y apatía para con aquellos, de manera tal que impedirían resistencias: “La dictadura argentina, tanto como sus homólogas latinoamericanas, no buscó una base de masas, sino su despolitización y desmovilización. Sin embargo, desplegó un conjunto de estrategias que buscaban generar adhesiones a las políticas del régimen, o bien desalentar –por la vía de la represión y de la imposición de pautas y modelos de comportamiento– la existencia de disidencias y modelos de oposición”⁹. Entre esas estrategias el terror fue la más reconocida, pero también hubo otras visibles como la

⁷ Memoria Abierta, testimonio de Guillermo Lorusso, Buenos Aires, 2003.

⁸ Según Daniel Feierstein, no se entiende la facilidad de incorporación del neoliberalismo si no se piensa en los efectos de la reestructuración de las relaciones sociales consecuencia del genocidio: “La secuencia que va ligando el horror con la parálisis, ésta con la desconfianza y por último la desconfianza con el encierro individual es una de las articulaciones fundamentales entre el genocidio y las políticas económicas, sociales y culturales desarrolladas en los siguientes veinte años”. Feierstein, Daniel, *El genocidio como práctica social: entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 342.

⁹ Águila, Gabriela. *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976-1983*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, pp. 224-225.

propaganda, expresiones de consenso de políticos y gremialistas nacionales o locales y sectores representativos de las comunidades¹⁰.

Con esa despolitización y desmovilización se encontraban algunos de los que retornaban de los CCD, sin duda un elemento desmoralizador más. Si bien hubo grandes gestos de solidaridad y pequeñas resistencias, muchos padecieron en el proceso de re-vinculación la apatía de los círculos sociales internalizada por el terror y las políticas de consenso de la dictadura. El miedo generaba aislamiento y una consecuente desarticulación.

En relación con lo que se acaba de mencionar sobre los efectos de la aplicación de dispositivos de represión material y búsqueda de desarticulación a través de mecanismos de consenso, varios de los ex detenidos-desaparecidos describen un gran problema que debieron afrontar: los prejuicios sociales. El intento de instalación del discurso hegemónico generó en muchos sectores la desconfianza sobre las actividades de los desaparecidos, y por ende de los sobrevivientes. Una frase representativa de esas etiquetas estará sintetizada en el “...por algo será”.

Estas palabras fueron una manera de legitimar el discurso oficial: si los detuvieron, torturaron y demás, sería porque estarían en alguna actividad que debía ser reprimida. Es decir, una condena por sospecha. Con esto se desviaba la atención sobre la forma y el contenido del tipo de represión que llevaba adelante el Estado, que no necesariamente estaba relacionado con la desinformación, poniendo el acento en las actividades (estuvieran o no involucrados) que el régimen consideraba ilícitas. Este “...por algo será” aparece en varios relatos de los sobrevivientes cuando describen las reacciones de la gente en sus barrios y de algunos otros sectores sociales.

Darío Machado, también ex militante de Vanguardia Comunista, secuestrado en El Vesubio desde el 12 de agosto hasta el 12 de septiembre de 1978, preso hasta el 29 de mayo del 79, cuenta que en general los entornos de familiares y amistades más cercanas no lo podían creer, que lo trataban como un “muerto vivo”, y en determinados círculos del barrio vivían en cierta forma con terror su presencia. Al leer su relato se puede observar la manera en la que se articula la reproducción del discurso, pero a la vez el miedo y la misma reverberación del terror: “Durante el 79, 80 y 81 fue un poco eso. Recuerdo que iba a visitar gente que vivía cerca de [mi casa] y más de uno me atendía por la mirilla, con un terror terrible, estarían pensando que si me dejaban pasar los iban a secuestrar esa misma noche. Inclusive una vecina

¹⁰ Gabriela Águila menciona para el caso de Rosario el Arzobispado de Rosario, la Bolsa de Comercio, la Sociedad Rural, entidades empresariales y comerciales como la Federación Gremial del Comercio y la Industria o la Asociación Empresaria de Rosario. (pp. 269-270).

me dijo: ‘Si te llevaron por algo será’; y yo le dije, ‘Sí, por algo será, porque luché contra la dictadura, otra gente la favoreció’; ‘Sí, sí’, me dijo y me cerró la puerta”¹¹.

Esa frase perduró por muchos años en diversos sectores sociales, otra prueba del alcance de los efectos de la represión. Explícitamente una posición en relación con las desapariciones, quizá no totalmente consciente de lo que se decía, más un argumento para justificar una posición cómoda, de inacción, pero llevaba implícita la reproducción de un discurso que legitimaba un accionar, el del Estado terrorista y la exclusión de un otro, el militante ex detenido-desaparecido.

Dice Daniel Feierstein: “La desconfianza resultó uno de los modos más eficaces de clausurar las relaciones de reciprocidad y solidaridad. No es posible construir una política crítica o contestataria desde la desconfianza, y de dicha imposibilidad da cuenta la absoluta desestructuración de las fuerzas contestatarias durante las décadas del ochenta y del noventa” (2007, p. 341). Entonces, estos mandatos traerán consigo otro impulso para dos decenios de apatía política.

Este tipo de estigmatización también se dará sobre los sobrevivientes como tales, no ya solo por su militancia, sino por haber logrado salir con vida: “si estás vivo, por algo será”. La sobrevivida por sí sola, dirá Ana Longoni, lo vuelve sospechoso: “Los que atravesaron por el espacio y el tiempo suspendidos del campo clandestino y retornaron a este mundo generan desconcierto, incomodidad, sospechas en los otros. Sobre ellos pesa la culpa de estar vivos, de que para vivir hicieron un pacto con el Mal, cuando miles a su alrededor morían” (2007, p. 29). Varios de los ex detenidos-desaparecidos también han hecho publicaciones al respecto, mostrando que estas estigmatizaciones estuvieron presentes hasta en otros organismos de derechos humanos y que parte de la invisibilidad que han sufrido durante todos estos años ha estado relacionada al retraso de debates y a la toma de posturas simplistas, que tienen su origen en los efectos que generó el terror y nuevamente, en la desarticulación y despolitización¹².

¹¹ Memoria Abierta, testimonio de Darío Machado, Buenos Aires, 2003.

¹² Esta misma temática aparece reflejada en trabajos como: Actis, Munu; Aldini, Cristina; Gardella, Liliana; Lewin, Miriam; Tokar, Elisa. *Ese infierno: Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*. Buenos Aires, Sudamericana, 2001. Asociación de Ex Detenidos-Desaparecidos. ¿Por qué sobrevivimos? Un debate que abre puertas. <http://www.exdesaparecidos.org/aedd/sobrevivimos.php>. Daleo, Graciela. “Nosotros, además, somos testigos”. En Revista *Milenio* N.º 5, Buenos Aires, marzo de 2001. “Ensayos del aparecer. Cuentas pendientes”, N.º 3, *Revista de la Cátedra Libre de Derechos Humanos de la Facultad de Filosofía y Letras*, UBA, agosto de 1997. Vázquez, Inés. “Las palabras de la Memoria. Cuentas pendientes”. Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos, 23/07/97. <http://www.exdesaparecidos.org.ar/aedd/sobrevivimos.php>. Watts, Jorge Federico. *Memoria del infierno: Relato testimonial de un sobreviviente del Centro Clandestino El Vesubio*. Buenos Aires, Ed. Continental, 2009.

Re-vinculación y elaboración

Uno de los ejes fundamentales en el que una gran parte de los sobrevivientes se pudo apoyar fue en la familia, sobre todo en el círculo más cercano. Allí encontraron un punto para recomenzar, tanto por el afecto, la contención, la solidaridad o la ayuda económica. Aparece como la primera referencia en prácticamente todas las historias. Sin los compañeros, muchos de ellos muertos, desaparecidos, replegados o en el exilio, el espacio familiar podía brindar una base vincular para recomenzar. Sin embargo, algunos sobrevivientes pudieron reconstruir vínculos con compañeros y generaron espacios para la elaboración de ese pasado, sobre todo a través de la lucha colectiva, denunciando los crímenes de la dictadura; otros se mantuvieron al margen, replegados completamente en lo privado.

La militancia revolucionaria durante la primera mitad de los '70 se había convertido en el eje principal que solía estructurar la vida de los militantes, lo privado debía estar en consonancia con los grandes proyectos y paradigmas. Sin embargo, la represión significó para muchos un repliegue y el alejamiento de la lucha política organizada y entonces, de aquella identidad.

Esto nuevamente está relacionado a la época de la liberación, el grado de afectación de los sectores sociales con los que se vincularon y con la propia subjetividad. El sentir activo el terror y el estar aislado profundizó este proceso¹³. En cambio, quienes pudieron rearmar los vínculos con compañeros, estuvieron en condiciones de afrontar los efectos traumáticos en conjunto, elaborándolos de otra manera.

Elisa encontró contención en sus padres; era con quienes más hablaba y se relacionaba, pero en cuanto al tema de lo que le ocurrió les bastaba a éstos con saber de su aparición, no profundizaban mucho en lo que debió soportar en el CCD. Sin embargo, la cuestión estaba presente, ya que además de las marcas físicas y psíquicas, la iban a visitar compañeros que aún estaban detenidos en la ESMA cuando les permitían salir. Ellos también se habían visto y se verían afectados por el accionar de la dictadura en forma directa, así como en algunas cuestiones de manera indirecta; el terror también había llegado ahí.

Este regreso trajo reacciones variadas en la familia. Por ejemplo, su hermana, siete años menor, estaba muy emocionada, de hecho le manifestaba algún tipo de admiración. Sin embargo, a la más pequeña de las Tokar, a la vez le causaba temor el hecho de que no lo había hablado con sus allegados, como por ejemplo con su reciente novio, de manera que no sabía

¹³ Algunos sobrevivientes luego de salir de los CCD tuvieron reencuentros con sus propios torturadores, en los que éstos últimos buscaron continuar con el terror.

cómo podía reaccionar a la historia de Elisa. Como se ve, no solo la sobreviviente podría encontrarse con estos prejuicios, sino que también el miedo a las reacciones negativas podía alcanzar a los miembros de la familia que la rodeaban.

Pero no todos tuvieron esa contención y eso parece haber tenido su peso, ya que profundizó el retraimiento; un ejemplo es la experiencia de Delia Barrera. Su núcleo familiar se reducía a su madre y su tía. Desde varios años antes ya no vivía con la primera, había formado pareja con Hugo, militante de Montoneros¹⁴, con quien estaba de novia desde cinco años antes de que ambos fueran secuestrados. A los dos se los llevaron el mismo día, el cinco de agosto de 1977, a él cerca de la estación Primera Junta y a Delia en la puerta del edificio en el que vivían desde hacía unos tres meses en el barrio de Belgrano. Compartieron por un tiempo el mismo espacio en el Atlético, hasta que a Hugo lo “trasladaron”. Le comunicaron que lo llevarían al sur del país, a un sitio de recuperación, se lo mencionó el mismo encargado de la represión en la zona, el comisario Fioravanti. Delia lo creyó y estuvo buscando noticias sobre Hugo durante muchos años.

Según la protagonista, nunca tuvieron buena relación, por ello se sintió muy sola durante estos primeros años, encerrada en sí misma. La única contención y comprensión que tuvo fue con la familia de Hugo, particularmente con la mamá. Fue a visitarlos al día siguiente de su liberación y desde ahí, hasta la muerte de ésta, “no todos los meses, pero cada dos o tres iba a verla”. En cambio: “Con mi mamá no se podía hablar del tema. No se podía [...] por ella, porque decía que a mí me hacía mal, al contrario, hubiese sido mejor si ella me hubiese podido escuchar”. “Culpó a Hugo por lo que había pasado, a los padres de Hugo por no saber cuidar a su hijo, hasta los dejó plantados un día que debían hacer un hábeas corpus por los dos en Tribunales”¹⁵. Vale la aclaración de que en la familia de su madre había varios militares, lo que tensionaba aun más las cosas, ya que no solo en ese círculo había sido dominante el discurso del régimen, sino que además era vista como la “oveja negra”; el “por algo será” y la criminalización de la militancia política eran reproducidos en forma constante. Esta falta de apoyo tuvo repercusiones en el rearmado de su vida, ya que se sentía muy sola y aislada.

Además de esta tirante relación con su familia no tenía amigos con quienes hablar y procesar lo ocurrido. Cuenta en una anécdota que se cruzó a unas ex compañeras del secundario por la calle y le dieron vuelta la cara. Fueron muy pocos los que conocieron su historia, y en su mayoría eran vínculos nuevos, ya que no permitía entrar a su vida a cualquiera y menos aun a su pasado inmediato. Esta carencia de espacios de contención hizo que durante el resto de la

¹⁴ Allí también militó Delia.

¹⁵ Ídem.

dictadura Delia se volviera sobre sí y se mantuviera aislada, lejos del tipo de personalidad que tenía antes de la experiencia concentracionaria.

Resalta en experiencias como las de Elisa y Delia el hecho de no tener espacios para hablar de lo sucedido, como mencioné más arriba, clave para la elaboración, por ejemplo, para afrontar los sentimientos de culpa. Susana Reyes recuerda lo que sentía cuando estando afuera pensaba en la situación de sus compañeros que habían quedado dentro del Vesubio en el año '77: "Ese fue el peor momento. Me acuerdo de tener la necesidad de decir 'yo me quiero volver', yo pensaba eso, era como insoportable. (...)Esa era la peor situación, cómo poder seguir viviendo sabiendo que estaban ahí, ¡y no poder decirlo!, no poder denunciarlo en ningún lado. Muy fuerte". "No había nadie, los que habían sido mis compañeros se habían ido del país o estaban en el centro clandestino [...]; fue un quiebre por todos lados"¹⁶.

Esa carencia ligada al aislamiento implicó también otras dificultades relacionadas a la elaboración. Delia hace referencia a la diferencia entre el periodo de dictadura post Atlético con los tiempos en los que comenzó a vincularse con compañeros en los primeros años de democracia, en cuanto a la cuestión de la necesidad de un otro con quien dialogar ese pasado: "a veces yo pensaba: a mí, esto que yo cuento, ¿me pasó realmente? Porque yo no encontraba el eco de alguien que me dijera 'sí, yo estaba en ese momento'; [...] eso fue muy fuerte, muy emotivo, y me dio toda esa fuerza que necesitaba para seguir adelante, encontrarme con gente que podías hablar de lo que te había pasado, que eran la misma historia, contarla y llorar juntos, reírnos y además hacer un poco de humor negro"¹⁷.

Aquí se refleja la cuestión de la necesidad de otros como referencia para la (re) construcción de la propia identidad. La socióloga Julieta Lampasona (2013) hace mención a esta problemática. Tanto en la etapa trascendental en la que la militancia política era consuetudinaria como en la de las formas de elaboración posteriores al campo de concentración, en la construcción identitaria (siempre abiertas) hace falta otro, en este caso semejante. En la etapa de elaboración ese otro es clave para el anudamiento con la identidad pre catástrofe.

El ver confirmado socialmente su relato es trascendental para la legitimidad propia de su discurso y lo hace junto a otros que alcanzan el nivel de empatía necesaria. El aislamiento ocultaba la posibilidad de poder confrontar las experiencias con otras personas y de verse a sí misma, por lo que en los trabajos con los compañeros irá asimilando y le dará sustento a su propia historia.

¹⁶ Entrevista personal con Susana Reyes, Buenos Aires, 19 de septiembre de 2013.

¹⁷ Entrevista personal con Delia Barrera, Buenos Aires, 20 de agosto de 2013.

En otros casos, como los de Jorge, Guillermo y Darío, la re-vinculación con compañeros, en un principio en el periodo carcelario y luego afuera con el apoyo del partido (Vanguardia Comunista), permitió generar espacios de lucha en los que fueron repensando y elaborando la experiencia traumática de la represión, ya desde el año '79. De hecho, ellos mismos fueron parte de un grupo más amplio de sobrevivientes que impulsaron la primera causa, en el Juzgado de Morón, por los hechos ocurridos en El Vesubio y que luego, junto a otros compañeros, en tiempos de democracia, formarán la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos.

Lo vincular se muestra como clave a la hora de pensar las experiencias en cuanto a la elaboración y al *proceso de aparición* en un nivel más general, si bien no significa que quienes se organizaron pudieron superar los traumas del periodo represivo o que no tuvieran dificultades, el trabajo con otros semejantes permitió y permite afrontar los efectos del terror de una forma más positiva, aunque no lineal y abierta.

La aparición en ciudades pequeñas con instituciones militares

Las próximas historias son ejemplo de las cuestiones que se vienen tratando en relación a la dialéctica sobreviviente y sectores sociales. No obstante, tienen una particularidad que las diferencia y es que debieron afrontar el *proceso de aparición* en ciudades pequeñas con instituciones militares, que por su propio peso generaban discursos favorables a la dictadura y que tenían influencia en esas sociedades.

En la experiencia de Javier Casaretto se puede pensar la complejidad de la re-vinculación con los entornos sociales más cercanos durante la dictadura en ciudades medianas y pequeñas¹⁸. Militante de la JP, fue secuestrado en diciembre del 77, retenido unos días en un “chupadero” en Mercedes y luego llevado a El Vesubio. Retornó en los días finales de 1980 a una localidad donde la mayoría de las personas se conocían entre sí, con lo que rumores, prejuicios y habladurías estaban presentes. Sin embargo, su situación contiene aristas muy interesantes por el hecho de que además era un lugar muy influenciado por la lógica y los discursos del régimen militar, su Mercedes natal, donde funcionaba el Regimiento N.º 6 de Infantería.

¹⁸ No pretendo con esto plantear una generalidad para explicar la situación de re-vinculación en todos los pueblos o ciudades pequeñas y medianas del país, lo cual sería muy complejo. Solo rescatar algunas caracterizaciones que aparecen en los testimonios y que permiten reflexionar sobre ciertas problemáticas que, con matices, se pueden extender de los lugares que se mencionarán a otros.

Relata: “la recepción no fue mala, mucha gente fue muy solidaria, pero sí fue chocante el conjunto de la sociedad, no se hablaba de nada. Yo estaba acostumbrado a que en la cárcel se hablaba todo lo que pasaba, de golpe salís y te encontrás que nadie habla de eso”. Según dice, a él no le resultaba problemático contar lo sucedido, sobre todo a aquellos con los que tenía más confianza, ya que lo consideraba una obligación, pero había mucha gente que no quería escuchar; era muy grande el miedo y también la negación. Le decían: “yo sé que te pasó algo”, pero no querían enterarse¹⁹. El silencio parecía la norma en muchos sectores de esa sociedad tan influenciada por la institución militar. Se sentía como en un mundo irreal, algo similar a lo que ocurrió con otros, como Mario Villani y Susana Reyes, sentirse como de otra parte, y a la reacción de algunos sectores con Guillermo Lorusso, que no querían profundizar en lo que le había ocurrido, pensar en lo que estaba pasando.

El regimiento era una institución con historia, peso e influencia política, social y cultural. Muchos trabajaban o se formaban allí, y a veces un familiar estaba presente en la vida cotidiana. Por eso, además de la represión del gobierno *de facto* y de los dispositivos que buscaban generar consenso a nivel nacional, esta base de la infantería, con arraigo en la ciudad, era productora de discursos de por sí.

En este caso, también es importante resaltar cómo vivió la experiencia carcelaria, ya que permite pensar la distancia entre sus expectativas y lo que realmente sucedía. Allí pudo procesar junto a otros lo que ocurrió en el CCD. Como resaltan muchos ex presos políticos, en la cárcel, más allá de las cuestiones negativas del encierro, experimentaron un proceso de socialización muy importante, lo mismo es señalado por Jorge, Darío y Guillermo. Por eso, luego de haber pasado más de dos años por el periodo carcelario, encontrarse con el silencio de la ciudad fue algo que generó un contraste muy grande y le resultó, como él menciona, “chocante”.

Sobre los amigos dice que muy pocos lo rehuyeron, en general la reacción fue buena; esa empatía también debió ser importante para hablar. En cuanto a los que no quisieron acercarse, lo explica por el miedo que sentían, con lo cual de alguna manera los comprende.

Hubo varios casos de desapariciones en Mercedes, veintidós en total. Javier se acercó a los familiares. Sin embargo, socialmente sentía que no se quería ver. Eran muchas desapariciones para una ciudad como esa, con lo que supone que en general los mercedinos deberían saber qué ocurría. Algo que representa la situación social: según recuerda, en momentos en los que todavía estaba preso hubo una Comisión de Homenaje a Videla, quien era mercedino. Es de

¹⁹ Memoria Abierta, testimonio de Javier Casaretto, Buenos Aires, 2005.

notar la distancia desde que comenzó la dictadura al momento de esta celebración; transcurrieron cuatro años y este símbolo del genocidio conservaba la legitimidad en algunos sectores, tanto como para rendirle un homenaje.

Durante el primer año fuera de la cárcel, Javier no militó en un partido político. De todos modos, se mantuvo en contacto con otros compañeros y familiares; junto a ellos intercambió experiencias. La lucha en esos años se redujo a la búsqueda de contactos e información sobre el accionar militar en su ciudad. Para el año 82 comenzó a insertarse en el Partido Justicialista, del cual se iría debido a la postura de algunos de sus referentes en cuanto a la mirada sobre la búsqueda de justicia por los crímenes de la dictadura: “Esta posición tan firme en la denuncia del terrorismo de Estado no era compartida por todo el peronismo. La posición del que era candidato era bastante limitada; decía que los derechos humanos iban a mirar hacia adelante”²⁰. De todas, maneras, continuó trabajando en una comisión mercedina para denunciar y pensar lo ocurrido, a pesar de la apatía general que se vivió en esa localidad.

Un caso de negatividad extrema en cuanto a la reconstrucción de lazos sociales fue el de S²¹. La protagonista planteó que su paso por el campo de concentración fue terrible, pero el proceso de vida posterior fue tanto o más traumático. “Estar ahí (Campo de Mayo) fue duro, pero volver fue mucho más [...], porque nos tuvimos que bancar el desprecio de la gente, que te señalen con un dedo por algo que vos no hiciste”. Ella vivió también, como Javier, en una zona influenciada por los discursos y la lógica del régimen militar, pero a diferencia de aquel, que pudo hacerse de espacios de contención, S se encontró con los prejuicios y la marginación por parte de muchos sectores sociales, lo que fue negativo para el rearmado de su vida.

Vale la pena conocer brevemente la historia previa al secuestro para intentar comprender un poco más. S era una niña de 12 años, vivía cerca del Batallón 601 de Villa Martelli con su madre, en un ámbito en el que la mayoría de la gente sabía quién era quién. Iba al colegio. Compartía su infancia con compañeros que eran hijos de militares, de hecho, relata que a veces viajaba junto a la hija de Videla.

Vivió en los días previos a su secuestro con su madre, pero también con su tío, quien era militante de Montoneros. Por eso remarca que con el golpe de Estado, la casa se empezó a revolucionar. Este familiar estaba muy nervioso; por las noches escuchaba ruidos en forma constante y eso lo ponía tenso. Si bien había rumores en el pueblo de que en su casa había

²⁰ Ídem.

²¹ Este testimonio fue brindado a Memoria Abierta, pero por pedido expreso de la institución no revelaré el nombre de la sobreviviente; por lo tanto la llamaré S.

armas, ella no lo recuerda. De todos modos, a partir de las habladurías sobre la militancia de su tío se creó una especie de mito que cargó desde ese momento en adelante, y que funcionó como un estigma que transmitió al resto de la familia.

Durante el invierno de 1977, no recuerda exactamente la fecha, son llevados a “Campito”, sus tíos, la mamá y ella. Si se compara su historia con la del resto de los testimoniantes, el hecho de no recordar la fecha del secuestro es revelador. S ocultó su historia durante décadas, en eso tuvo mucho que ver el terror vivido en el CCD, pero también la historia posterior de marginación; no pudo encontrar espacios para socializar lo vivido y esta hostilidad producía en ella la intención de no hablar, si bien aquella experiencia continuaba en su cuerpo y en su mente.

En “Campito” experimentó situaciones que la marcaron. Si bien no la torturaron con la piana eléctrica o con algún tipo de tortura física en los primeros días, sí la maltrataron mucho, al punto de que entró en una crisis de nervios; cree que en la actualidad no recuerda muchas cosas debido a esta situación. Por otro lado, estuvo en un interrogatorio observando cómo a su tía la torturaban utilizando animales. También vio cómo le hacían cosas similares a su tío. Sumado a estos hechos tan impresionantes, entre otras situaciones muy duras, recuerda que le hicieron cavar pozos junto a otros detenidos para tirar allí cuerpos que bajaban de una camioneta.

A los quince días, luego de que los militares se llevaran a su tío y casi a su madre en un traslado, dejaron a esta última y a S cerca de su casa, las liberaron. Comenzaría otra etapa, pero una la que según su reconstrucción fue casi tan negativa como la del cautiverio. Ni bien las bajaron del vehículo en el que eran transportadas, golpearon en varias casas y nadie quería abrirlas. Las atendió una vecina que les permitió bañarse y les brindó algunos elementos para que se curaran las heridas, de todos modos ni bien se higienizaron les pidió que se fueran: “no pises más acá, no vuelvan más”. La desconfianza que se vio en otras historias, el miedo a quedar involucrados implicaba excluir al otro, apartarlo, el “por algo será” se reproduce aquí también.

A su madre no le querían dar trabajo porque la consideraban “subversiva”; lo mismo le sucedió a ella para ingresar nuevamente a la escuela, debieron llevar consigo ese estigma. Segregadas por esa sociedad cercana, terminaron por mudarse a Villa Ballester, a lo de unas

personas amigas²², donde podrían rehacer sus vidas. De hecho, allí pudo terminar la primaria, ya que en la Dirección de la escuela trabajaba otra mujer que las ayudó.

Pese a este contraste, en el cual encontraron algunos gestos de solidaridad, al año volvieron a su casa porque había quedado abandonada y temieron que se la ocuparan. Durante este retorno sintió en forma muy dura la soledad, el tener que esperar a que su madre regresara del trabajo a la noche. Le daba mucho miedo y dolor la situación que vivía en relación con los vecinos. La actitud de apartarlas se daba en forma violenta.

Por otro lado, durante tres años no tuvieron documentos debido a que figuraban como muertas. No se los querían hacer, recién cuando comenzaron a perfilarse las elecciones como una posibilidad cierta los pudieron tramitar.

A los pocos años, formó pareja, se casó y se fue a vivir a Beccar, pero extrañaban por el hecho de haber dejado a su madre y regresaron. De todas maneras, no a la casa vieja; allí vivía la mamá, quien por lo que cuenta se dedicó a la bebida; al igual que S, entró en una intensa depresión desencadenada por la experiencia del cautiverio y debido a la exclusión. En la entrevista que dio en 2012 a Memoria Abierta, todavía siente esa actitud negativa de esa parte de la sociedad que la rodea: “Acá todo el mundo sabe lo que me pasó, de hecho es el día de hoy que me miran mal. Yo no podía entrar al almacén a hacer las compras porque me prohibían la entrada, al lugar que había ido toda mi infancia, que me vio nacer. Soy muy odiada en el barrio”.

El hecho de vivir en un sitio en el que se es muy visible como el Batallón 601 o, en el caso de Javier, el Regimiento N.º 6 de Infantería, a lo que se suman estas particularidades mencionadas que suelen existir en los barrios, pueblos o ciudades, donde es habitual que los pobladores tengan algún grado de conocimiento sobre las otras personas que lo habitan y desde allí se crean historias que quizá no condicen con la realidad, son de suma importancia a la hora de pensar sus caminos, ya que la presión social que ejerce la mirada del otro afecta no solo a los marginados, sino a los mismos que los excluyen.

Conclusiones

La re-vinculación es una problemática que se enmarca dentro de lo que denomino *proceso de aparición*. Es clave para entender las particularidades que se generaron en las experiencias de los sobrevivientes luego de la salida de los centros clandestinos de detención. Los aspectos

²² Aquí vivieron otro episodio que la marcó, el cuñado de la amiga de su mamá, quien era vecino de ellas, fue secuestrado por el Ejército.

positivos o negativos de éstas, siempre abiertos y no lineales, tienen una relación intrínseca con la dialéctica entre el proceso personal de reconstrucción de la subjetividad y el tipo de relaciones entabladas con los sectores sociales que se vincularon.

La dictadura, con complicidad civil, apuntó a reorganizar una gran parte del tejido social, para ello utilizó el terror, accionando una serie de dispositivos de represión y de búsqueda de consenso visibles e invisibles. Los efectos perduran aún hoy, aunque son más notorios cuando se piensa la segunda mitad de los años '70 y las décadas de los '80 y '90, por ejemplo en la reproducción de discursos condenatorios de la militancia revolucionaria o mismo de sospecha (marginación) sobre quienes sobrevivieron.

Si bien hay una gran heterogeneidad de experiencias, existen puntos en común observables y que están determinados por el grado de inserción de los efectos del terror. Las marcas psíquicas y físicas en las personas que salieron con vida, huellas en general de largo plazo, y la absorción, producción y reproducción o resistencia de ese terror desde distintos sectores sociales con los que se relacionaron, son elementos a tener en cuenta para pensar ejes de estas problemáticas.

En general, la mayoría encontró un punto de apoyo en la familia, allí tuvieron, entre otras cosas, contención, solidaridad y ayuda económica. Quienes estaban mejor en lo anímico, con un entorno más confortable y con compañeros, antiguos o nuevos, relacionados a la experiencia de militancia o concentracionaria, pudieron construir espacios en los que resignificaron su identidad política, donde a su vez generaron reflexiones y acciones que hicieron un proceso de elaboración de lo vivido en el pasado reciente con características más positivas que otros sobrevivientes que estuvieron aislados. Algunos testimonios hablan de indiferencia y/o de alejamiento de sectores con respecto a ellos, pero el contar con un espacio de pertenencia junto a otros semejantes, como Guillermo, Darío o mismo Javier en su Mercedes natal, colaboró a afrontar el proceso. En algunas de las historias que se mostraron, el “blanqueo” y el periodo de la cárcel permitieron un reencuentro y rearmado de vínculos, además de encontrar espacios también para la discusión política.

Hubo otros que quedaron “desenganchados”, aislados, se encontraron con una parálisis. En general, se volcaron sobre lo privado, sin poder exponerse y a su historia durante los años de dictadura (muchos aún después, incluso hasta hoy). En el extremo de las historias negativas el caso de S, quien además de los efectos de la violencia del cautiverio en su cuerpo debió convivir con la hostilidad de los sectores sociales con los que se vinculó en su ciudad. En algunos de los testimonios presentados, el medio social no fue un ámbito que generara

confianza, en éste se sentía los efectos del terror, el miedo, más notorio en aquellos sectores que brindaron consenso o en los que estaban impregnados los discursos hegemónicos.

El contexto también es una variable que plantea matices en las historias, tanto en lo personal como en el medio al cual retorna el sobreviviente. Encontraron mayores dificultades para la vinculación los que salieron del CCD en el periodo de mayor nivel de desapariciones. La represión, iniciada años antes del golpe, fue minando los espacios de sociabilidad, de hecho algunos ya estaban desenganchados antes de ser secuestrados. Más allá de las condiciones psíquicas y físicas de quienes sobrevivieron, la falta de compañeros o de una estructura orgánica, atacados por las fuerzas del Estado, hizo que en esos primeros años a muchos se les hiciera dificultoso reencontrarse con aquellos vínculos, en el caso de que hubieran tenido la idea de hacerlo. Luego de Malvinas se da un periodo en el que fue más fácil que en los años previos, ya que el régimen colapsó y tuvo que ceder espacios, algo que se incrementará con la llegada de la democracia y el retorno algunos de los que vivieron diferentes exilios.

BIBLIOGRAFÍA

Actis, Munu; Aldini, Cristina; Gardella, Liliana; Lewin, Miriam; Tokar, Elisa. *Ese infierno: Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*. Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

Águila, Gabriela. *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976-1983*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.

Asociación de Ex Detenidos-Desaparecidos. ¿Por qué sobrevivimos? Un debate que abre puertas. <http://www.exdesaparecidos.org/aedd/sobrevivimos.php>.

Daleo, Graciela. "Ensayos del aparecer. Cuentas pendientes", N.º 3, *Revista de la Cátedra Libre de Derechos Humanos de la Facultad de Filosofía y Letras*, UBA, agosto de 1997.

_____. "Nosotros, además, somos testigos". En *Revista Milenio* N.º 5, Buenos Aires, marzo de 2001.

Feiertstein, Daniel, *El genocidio como práctica social: entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

Izagirre, Inés. *Los desaparecidos: Recuperación de una Identidad expropiada*. Buenos Aires, CEAL, 1994.

Lampasona, Julieta. *Identidades políticas y procesos de confrontación en la Argentina. Una mirada a contrapelo... O desde la sobrevivida*". Vizcaya (España), Papeles del CEIC, N.º. 1, marzo de 2013.

Longoni, Ana. *Traiciones: La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires, Ed. Norma, 2007, p. 29.

Vázquez, Inés. "Las palabras de la Memoria. Cuentas pendientes". Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos, 23/07/97.

<http://www.exdesaparecidos.org.ar/aedd/sobrevivimos.php>.

Villani, Mario. *Desaparecido: Memorias de un cautiverio*. Buenos Aires, Biblos, 2011.

Watts, Jorge Federico. *Memoria del infierno: Relato testimonial de un sobreviviente del Centro Clandestino El Vesubio*. Buenos Aires, Ed. Continental, 2009.

TESTIMONIOS

Entrevista personal con Delia Barrera, Buenos Aires, 20 de agosto de 2013.

Entrevista personal con Susana Reyes, Buenos Aires, 19 de septiembre de 2013.

Memoria Abierta, testimonio de Darío Machado, Buenos Aires, 2003.

Memoria Abierta, testimonio de Guillermo Lorusso, Buenos Aires, 2003.

Memoria Abierta, testimonio de Javier Casaretto, Buenos Aires, 2005.

Memoria Abierta, Testimonio de Mario César Villani, Buenos Aires, 2002.